

Mario Paoletti

HOTEL FÉNIX

narrativa

descrito ediciones



HOY hace seis años que vinimos a vivir a Las Termas. Decisión acertada. Para gente como nosotros, huérfanos de una civilización casi extinguida pero hijos de sus hábitos, lo más importante es tener mucha agua disponible, y mejor todavía si está caliente. Y eso es Las Termas. Fue fácil comprender que podíamos acostumbrarnos a casi todo, pero no a la falta de agua. El agua no es sólo antídoto contra la sed (pero no es por eso, tenemos a nuestro alcance bebidas de todo tipo para veinte años) sino sobre todo higiene corporal, platos bien fregados, ropa con olor a limpio.

Con agua corriente la soledad cósmica es más soportable.

Al principio, cuando El Virus acababa de abatirse sobre la ciudad, cada uno de nosotros se obstinó en permanecer lo más cerca posible de los símbolos de su pasado: la casa, el barrio. Pero no hubo modo de soportar esa situación por mucho tiempo. Además, las ratas se ocuparon pronto de expulsarnos. Y el hedor. Yo me instalé entonces en los altos de un hipermercado de las afueras, con la idea fija de estar cerca de la comida, pero cuando las ratas acabaron con los cadáveres del centro de la ciudad comenzaron a buscar por los alrededores y sólo fue cuestión de tiempo que llegaran hasta mi guarida. El próximo refugio fue una casa rural, en lo alto de una pequeña colina junto a un manantial. El agua empezaba a ser decisiva. Allí conocí a Motores.

Motores tiene unos diez años menos que yo y me triplica en fortaleza. También nos diferenciamos en que yo siempre siento frío y él siempre siente calor. Anda en camiseta sin mangas, en invierno y en verano, con los tirantes sobre la camiseta y muchas veces con el sombrero puesto. Motores es fuerte y le encanta serlo.

Nos encontramos una mañana al pie del manantial, cada uno con un recipiente en la mano. Él salía de un recodo del camino y yo de la puerta de mi refugio. Era un día tórrido de verano, así que Motores estaba casi desnudo, aunque con sus tirantes. Fue un gran golpe emocional, porque desde El Virus yo no había visto a ningún otro ser humano vivo, al punto que llegué a creermelo único sobreviviente de aquella masacre. Motores, al verme, puso la misma cara que debo haber puesto yo, y un temblor le tironeó la mejilla. En la

conversación posterior, entre sorbos de agua fresca, nos contamos nuestras vidas y en especial el último año. Como habría de ocurrir cada vez que encontrase a otro sobreviviente, a Motores no le di detalles de mi familia, despachando el asunto con un «se murieron todos entre el anochecer y la madrugada». A él le había ocurrido más o menos lo mismo y tampoco fue prolijo con los detalles. Eso habíamos aprendido en nuestro duelo: las confesiones no consolaban sino que reabrían las heridas. Y más que las heridas, el estupor ante lo inexplicable.

Motores me dijo cómo se llamaba, aunque al final todos acabaríamos llamándole Motores, porque esa era su pasión y su ocupación dominante, y en una tribu como la nuestra los oficios y las apariencias terminan por imponerse a las identidades literales. A mí eligieron llamarme

Viejo, porque era el más viejo de todos y además lo parecía.